La tentación de Cristo y la tentación del hombre

Mariano Moreno Villa
Filósofo y Teólogo. Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Introducción

Nos proponemos realizar una reflexión teológica sobre la tentaciones de Jesús en el desierto, según nos constan por la Sagrada Escritura. Como veremos no tiene nada que ver con el libro *La última tentación de Cristo*, de Nikos Kazanzakis, llevada con posterioridad al cine, que no parece ser otra cosa sino una falaz relectura posmoderna con claras connotaciones dignas de ser analizadas psicoanalíticamente.

Las tentaciones de Cristo, según Mateo (4, 1-11), Marcos (1, 12-13) y Lucas (4, 1-13), son las que atravesaron toda la vida de Jesús y, particularmente, durante su pasión y muerte. La exégesis científica contemporánea ha puesto de manifiesto que tales tentaciones no tuvieron lugar propiamente en el desierto. Tales perícopas son una construcción teológica de los evangelios, donde analizan a posteriori *(vaticinia ex eventu),* lo que debió pensar Jesús de su vida tal como su Padre se la presentaba. Los relatos de las tentaciones están en estrecha relación con la predicación de Juan Bautista, un profeta que había despertado grandes expectativas, habida cuenta de que hacía varios siglos que no surgían profetas en Israel. En el período que abarca las últimas profecías veterotestamentarias y la aparición del bautista floreció el llamado «intertestamento», donde tuvo un gran auge sobre todo la literatura apocalíptica.

Juan Bautista anuncia: «Voz que clama en el desierto: Preparar el camino del Señor, enderezar sus sendas» (Mt 3,3; Lc 3,4s). Está citando un texto del llamado "deuteroisaías" (autor de los capítulos 40-55 del libro de Isaías), que vivió durante el exilio de Israel en Babilonia, aunque aquí el acento cambia: «Voz que clama: En el desierto abrid camino a Yahvéh» (Is 40,3). Por la voz del profeta Israel descubre, en medio de una angustia atroz, que Yahvéh conduce la historia de la salvación. Israel primero experimenta a Dios como salvador, y sólo después lo descubrirá como creador del universo. En la mayor tentación que vivirá Israel en su historia, siente la cercanía amorosa de Dios: «Cerca está el que me justifica, ¿quien disputará conmigo? ¿Quién es el que me acusa?, que se presente. Pues, si Yahvéh me ayuda, ¿quién me vencerá? (Is 50,8ss). Esto hace decir el profeta Isaías a la figura misteriosa del «Siervo de Yahvéh» (עבד יהוה), llamado a redimir el pueblo de Israel cargado con sus sufrimientos y sus pecados: «Nuestros sufrimientos él ha llevado y nuestros dolores él los cargó sobre sí» (Is 53,4). «Fue maltratado –prosigue el texto–, pero él se sometió y no abrió su boca; era como un cordero llevado al matadero y cual oveja ante sus esquiladores, enmudecía» (Is 53,7). Todos estos textos eran de sobra conocidos por Jesús. Muchos especialistas afirman hoy que Jesús descubrió su vocación mesiánica leyendo «los cantos del Siervo» de Isaías. Parece indudable que Jesús asumió en su vida el talante mesiánico de esta figura del siervo de Yahvéh, como después mostraremos. De hecho, parece ser que el II Isaías es el profeta de lectura favorita de Jesús, pues los evangelistas ponen en sus labios continuamente palabras de dicho libro, y textos de este libro están presentes en los momentos cruciales de la vida pública de Cristo.

El mismo Juan Bautista, quizá demasiado influido por el mensaje de la literatura apocalíptica e incluso por la ideología esenia de Qumrán, no tenía muy claro que el Mesías esperado tuviera la figura del Siervo de Yahvéh. Sus palabras son terriblemente duras (Lc 3, 16-18; Mt 3,7ss), y sus imágenes, escalofriantes. Por ello no es de extrañar el asombro del Precursor ante el mesianismo pacífico adoptado por Jesús, hasta el punto de que, una vez encarcelado Juan, envía a sus discípulos a preguntar a Jesús si él es el Mesías o deben esperar a otro (Mt 11,2ss), ya que tal mesianismo desentonaba con el casi belicismo del Bautista, que se hace eco de la concepción mesiánica preponderante en su tiempo y cuyos voceros son los zelotas. En efecto, dicha concepción mesiánica dominante (aunque había otras) pasaba por la expulsión del invasor romano. Algunos de los discípulos de Cristo también opinaban igual, como es el caso de Simón llamado «el zelota», de Judas o del mismo Pedro. Jesús,

el Mesías, se resiste a entrar en tal dinámica politiquera; este drama es el que escenifican las tentaciones del desierto, que acompañó a Jesús toda su vida y que culminará en el Gólgota.

Un día Jesús se sometió voluntariamente al bautismo de Juan. Todos los evangelistas hacen hincapié en tal paradoja, que el mayor se someta al menor.[1] Jesús es denominado por el Precursor como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). La palabra Cordero (gr. ἀμνός) enlaza con la tradición apocalíptica del cordero vencedor (Ap 5,6,12) y con la opinión de los esenios sobre el Mesías que purifica al mundo de sus pecados.[2] Para el libro canónico del Apocalipsis el «cordero» (en genitivo τοῦ ἀρνίου, «del cordero») será «degollado» (13,8), aunque es el Señor toda la historia (Ap 6, 1,16s). Una imagen similar ofrece el escrito intertestamentario del Libro de Henoc (que llama al Mesías «el Señor de las ovejas)[3] al mismo tiempo que en el también apócrifo IV libro de Esdras se lo considera «Hijo de Dios».[4] El texto que tiene en la mente el Bautista, al designar a Jesús como «cordero», es probablemente el ya citado de Isaías (53,7). En arameo, lengua hablada (y en la que piensan) tanto por Jesús como por el Precursor, el término טלי correspondiente al griego παῖς y al hebreo עבד, designando al «cordero» y al «siervo»; podemos traducirlo indistintamente por un vocablo o por otro, a la vez que también designa al servidor o al muchacho joven.[5]

El bautismo de Jesús tiene una gran importancia para el tema que nos ocupa. En las Iglesias ortodoxas se celebra el mismo día de la Epifanía y no por casualidad, aunque desgraciadamente sólo ha tenido un cariz moralizante, acentuando la humildad de Jesús, y así pierde su bautismo bastante de su significación teológica: Dios mismo, en la persona del Hijo, está sometido a un estado de postración, en un estado kenótico de su divinidad. Por ello el significado teológico profundo radica en la estrecha relación que existe entre el acto bautismal-penitencial de Jesús y su declaración de investidura mesiánica: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,17; Mc 1,11), dice el Padre desde lo alto. El Mesías comienza su actividad pública (su epifanía) desde la humillación (no sólo moral, sino también, y sobre todo, de vaciamiento radical). Comienza desde abajo el que viene de lo alto. El mesianismo de Cristo no consistirá en ser más, en crecer hacia arriba, sino en crecer hacia abajo. Aquí el vocablo «hijo» sustituye al de «siervo», pues la expresión griega «παῖς Θεοῦ» significaba (bíblicamente derivada del arameo טלי y del hebreo עבד) tanto «hijo de Dios» como «servidor de Dios».

La humillación por la que pasa Cristo en el bautismo significa la asunción de su ser hombre verdadero, es beber el cáliz de la encarnación hasta sus últimas consecuencias. Tal será la única (la última, no en sentido temporal sino causal) tentación de Jesús que tendrá lugar a lo largo de su vida terrena, cuya forma literaria son las tentaciones del desierto: Lo que Jesús esta tentado de asumir, siendo realmente un hombre, son las prerrogativas y el poder de su naturaleza divina, poder que no esta al alcance del hombre. Está tentado a dejar de ser hombre, a asumir, en su pasión y muerte, su divinidad; está tentado a «jugar con ventaja» en relación al pobre hombre de carne y hueso. La tentación lo es a salir de su existencia concreta, eclipsada, kenótica, tal como su Padre la quiere y se la ofrece. A esto es a lo que se refiere san Pablo cuando dice: «El cual, siendo Dios, no retuvo ávidamente el seguir siendo igual a Dios. Sino que se vació a sí mismo –de su divinidad sustantiva– tomando la condición de siervo, haciendose semejante a los hombres y apareciendo en su vida como un hombre cualquiera. Y se humilló aún más, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filp 2, 6-8). Esta situación de abajamiento es lo que no entenderán los adopcionistas y los subordinacionistas (no sólo los antiguos, sino también los actuales), pues siendo el Padre y el Hijo «una misma cosa» (Jn 10,30; Cf. 8,24), tiene ahora Cristo su divinidad velada (Cf. Jn. 1,14), pues por su estado encarnatorio, rebajado de su divinidad, pasa por ser inferior al Padre: «El Padre es más grande que Yo» (Jn 14,28 b). Sólo su muerte y su resurrección manifestará de nuevo la divinidad de Cristo (Jn 17,5), pese a que nunca la abandonó (por la unión hipostática). He aquí el más grande misterio de la historia de la humanidad: la segunda persona de la Trinidad se ha rebajado ante todos los hombres por amor a ellos: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3,16). Permítaseme una imagen desafortunada pero clarificadora: el Hijo, de naturaleza igual al Padre y al Espíritu, no tiene «envidia» de «dejar de ser Dios». Esto es la kénosis de Dios, su humillación, el anonadamiento del Hijo Unigénito eterno. E incluso, utilizando la analogía, podríamos decir que Dios mismo está anonadado: es lo que llama la teología la *perikhoresis* trinitaria, el necesario «estar uno en el otro» (Dz 704; Jn 10, 38; 14, 10s; 17, 21; 1 Cor 2, 10s), en razón de la unidad de esencia de Dios, que por analogía también se concibe de la unión hipostática en Cristo, de forma que podemos afirmar que lo que realiza una de las personas divinas «ad extra», hacia los hombres, se puede atribuir a toda la Trinidad inmanente, ya que la naturaleza es sólo una y su unidad es perfecta; por eso decimos que en Cristo, Dios mismo está «kenotizado» (aunque los llamados «patripasianos» nunca entendieron esto).

2. La tentación de Jesús como tentación mesiánica

Desde la primitiva Iglesia muchos se han planteado el significado de las tentaciones de Jesús. Algunos quitan hierro a estas perícopas al afirmar un mero valor edificante y moralizante, negando incluso la realidad de la tentación. Estos dirían que las «auténticas» tentaciones son las nuestras, la de los vulgares seres humanos dejados de la mano de Dios. Tal interpretación alegórica pretende salvaguardar la dignidad de Jesús como Dios. Pero esta postura es una variante del docetismo: Dios no es un hombre, sino que sólo lo parece (el verbo griego δοκέω, en su forma intransitiva significa «aparentar»). Quienes piensan así no han entendido la Encarnación del Logos de Dios. Incluso su misma pretensión moralizante se esfuma, pues si Jesús no ha sido tentado verdaderamente, su actitud no puede ser entonces un ejemplo para nosotros. Y si vence la tentación en tanto que es «sólo» Dios, y no como «Dios-realmente-encarnado», es decir, como un Dios-hombre, podríamos decir: «así cualquiera». Eso sería jugar con ventaja. Se trata de la perenne tentación de negar la encarnación de Dios en Cristo, propia del docetismo de los herejes de «derecha», escandalizados de que Dios se haya hecho verdaderamente hombre.

Tras el bautismo, el Mesías se dispone a luchar contra el demonio. También ha venido para eso. Es un anuncio práctico de la Buena Noticia. En efecto, si él arroja demonios «con el dedo de Dios es que el dedo de Dios os ha dado alcance» (Cf. Lc 11, 20), pues aquí «hay uno más fuerte que el fuerte» (Mt 12,29; Lc 11,22). Y la tentación tiene lugar «en el *desierto*». Este es para la Escritura el lugar privilegiado para la tentación y también para la oración. Es el lugar de la cercanía –¡y de la lejanía– y del encuentro con Dios. El evangelista Marcos nos dice que Jesús iba frecuentemente al desierto para orar (Mc 1,35-45; 6,31). Pero el lugar de la cercanía de Dios lo es también de la tentación. Los evangelistas están pensando (sobre todo Marcos) en el pasaje de Dt 8, 2s, donde se dice que Dios ha conducido a Israel (y el Espíritu a Jesús: Mc 1,12) al desierto durante «40 años» (40 días en Jesús: ya sabemos que el número cuarenta es simbólico y significa sencillamente «muchos»), «para probarte y conocer lo que había en tu corazón». El desierto es el lugar de la tentación.

La tentación de Jesús es similar a la que nosotros rogamos ser preservados en el Padrenuestro: «no nos dejes caer en la tentación». Y no se refiere a las «tentaciones» más cotidianas, sino a *la* tentación. La tentación única, la radicante, es la de no poner en el primer lugar de nuestra vida algo que no sea el amor a Dios. Significa no aceptar la voluntad de Dios para nosotros; es ser idólatra; no es sólo estar apartado de Dios, sino tener otro Dios. Significa pensar que Dios se equivoca con nosotros, que no nos ama sino que le gusta fastidiarnos y tenernos siempre en asfixiante dependencia. Es la gran tentación de Cristo: rechazar al Padre no aceptando su voluntad, pensando que es una especie de monstruo que se complace con el sufrimiento de su Hijo, una especie de «dios-Drácula» que sólo se sacia con la sangre derramada de su Hijo. «Ha puesto su confianza en Dios, pues que le salve ahora, si es verdad que le ama» (Mt 27,43). Le tientan a rechazar la historia que Dios le presenta. Parecen decir: «Sé razonable, hombre, ¿no te das cuenta de lo que Dios te está haciendo?, ¿tan ciego estás que no ves claramente que Dios te ha abandonado, que no te ama? Si Dios te amara no estarías ahí crucificado; si tu fueras verdaderamente el Hijo de Dios, ¿crees que Dios te trataría así?» ¡Le están tentando a renegar de su esencia, de su divinidad, que parece haberse esfumado para no aparecer nunca más! Es como si al kenotizarse o «vaciarse» de su divinidad, nunca volverá a ser el que era: Dios le ha dado la espalda.

Esta es la gran tentación de toda la vida de Jesús, la única verdadera tentación: «Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es de verdad su hijo» (Mt 27,40,43). El «demonio» y las gentes le incitan a renegar de la voluntad de Dios, a poner de manifiesto su «palpable» injusticia, le tientan al no aceptar un mesianismo oscuro, pacífico, de servicio y humillación. «¿Por qué tienes tú que humillarte? Demuéstrales quién eres en realidad, y así todos te seguirán, triunfarás; ¿de qué sirve un mesianismo que pasará inadvertido? ¿No es eso un fracaso en tu misión? Así lo único que conseguirás será morir frustrado, pues ¿quién va a creer en ti ahora? No, hombre, ¿acaso no eres tú el Hijo de Dios?»... ¿Quién no repara en el paralelismo entre esta tentación y la que sufrimos muchos de los hombres de todos los tiempos, *mutatis mutandis*, cuando el sufrimiento,[6] el dolor y la ausencia de Dios nos da alcance?

3. La tentación del pan: lo primero es tener la vida asegurada

Mateo y Lucas, con ligeras variantes fruto de sus diferentes presupuestos teológicos, coinciden en tres tentaciones para designar la única tentación. «Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en pan». Una corriente bíblica[7] afirma que el justo y el honrado gozarán de los bienes, mientras que los impíos pasarán estrecheces y necesidades (Cf. Sal 72,16). De este modo, el pobre está aquí, en la vida terrena, bien fastidiado y además será repudiado por Dios escatológicamente. El autor del libro de Job ya se encargará de expresar su desacuerdo con tal simplismo. Aquí Jesús es tentado

en una especie de mesianismo garbancero. Lo importante es tener asegurada la comida. ¿Donde está aquí la tentación? En dudar de la bondad del Padre. ¿Por qué mueren muchos de hambre? ¿por qué unos pocos derrochan lo mucho que les sobra? Si Dios fuera justo, si Dios existiera, no permitiría que habiendo comida de sobra en el planeta la gente muera de hambre. Ex. 16, 3ss y Dt 8,3ss se hacen eco de esta tentación de todo hombre, y afirman: «No sólo de pan vive el hombre». El que ha dado la vida, da todo lo necesario para conservar la vida (Lc 12,22ss). El injusto no es el Padre, sino el hombre, que necesita ser regenerado por Dios. El mismo pueblo de Israel obligará una y otra vez a Dios a demostrar que es inocente, a demostrar que es bueno (Ex 16); Dios mismo realiza, en la historia de Israel por el desierto, una especie de *Autodicea*. El pueblo quiere milagros, quiere pruebas. No quiere caminar en la fe y en la inseguridad, sino que quiere seguridades. Ante el dilema: o Dios o el dinero, siempre elige lo más «seguro», lo que puede tocar, el dinero, el palpable fetiche que supuestamente es la suma de todos los bienes.

¿Cómo transmitiremos a nuestros hijos la fe en Dios cuando ven que aquello por lo que más nos afanamos es el dinero? ¿como les enseñaremos a ser solidarios si les introducimos en la Eucaristía (el día de la primera comunión) haciendo un estúpido derroche de dinero, que tiene muy poco de cristiano y sí mucho de anticristiano? Quizás remediemos esto abriendo una cartilla en cualquier banco a nuestro hijo. De esta forma le transmitimos nuestra fe... en el dinero, al *actus purus* de la modernidad. Así el niño aprende lo que es importante en la vida... En la fe de nuestro pueblo (¿de Dios?) cabe perfectamente en el mismo cajón Dios y los ídolos. Pero esto no es posible: «Si alguno que posee bienes de la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede estar en él amor de Dios? (1 Jn 3,17). Y después muchos se quejan de que su vida no tiene sentido: los ídolos no llenan a un hombre que está proyectado para un encuentro con el Dios único. Quién ha de ser trascendente no puede ser feliz sólo con lo inmanente, pues nada contingente puede saciar por completo al ansia profunda del ser humano. Y lo realmente preocupante es que nuestros cristianos de apellido no son conscientes de ello en su inmensa mayoría, quizá ni siquiera pueden serlo. A lo que es un mediocre burgués le hemos llamado «buen cristiano», y nos quedamos tan felices. Hoy son muchos los jóvenes que intentan imitar al pobre *yuppi* de electroencefalograma plano. Olvidan que el sueño americano, esa caricatura del progreso del hombre, ya ha caducado y ha dado todo lo que podía, que era poco, efímero e incluso de un pésimo gusto.

4. La tentación del éxito: el mesianismo trompetero y milagrero

Es la segunda tentación según Mateo y la tercera para Lucas, que invierte el orden, «si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: a sus ángeles te encomendará, te llevará en la palma de sus manos, para que no tropiece tu pie en piedra alguna». Israel en el desierto no cesaba de pedir milagros a Dios. «Durante cuarenta años aquel pueblo me hizo ascos, *me tentó* y me obligó a hacer su voluntad» (Sal 95, 9-10). El silencio de Dios le parece a Israel insoportable. Cree que todo lo que ha visto es pura ilusión. Y es que Israel aún tiene una fe milagrera, sustentada en realizar un milagro cada cuarto de hora. Dios tiene que demostrar que es Dios, tiene que realizar un *show* diario, poniéndose al servicio del hombre endiosado y egocéntrico. Jesús experimenta esta tentación milagrera, al ofrecer un mesianismo muy poco atractivo para muchos. El Mesías tiene que triunfar; no puede ser un fracasado. Un Dios sólo sirve si otorga al hombre toda suerte de beneficios; si no lo hace, o si lo hace por caminos que no son los que el hombre quiere, no sólo aparece como un Dios cruel, sino que se niega su existencia. Por eso Jesús es tentado a hacer un gran gesto: «Baja de la cruz, tírate abajo y todos crearán en ti. ¿Acaso no has venido para eso? Pues venga». Las palabras de Jesús, sin embargo, son: «No tentarás al Señor tu Dios» (Cf. Dt 6,16). Esta tentación sólo se comprende al entender la que sufrió Israel en el desierto (Ex 17, 1-7). El pueblo «torturado por la sed», murmuró contra Dios. La murmuración, la rebeldía de Israel hasta parece «razonable». Cuando llega el momento de pasar sed o de fiarse de Dios, Israel –paradigma de todo hombre– siempre elige no pasar sed. Exigen de Dios que demuestre que es Dios, que con Él todo les irá bien, ya que la fe o es provechosa o no sirve para nada. No importa todo lo que Israel ha visto hasta ahora. Cuando pasan sed un día, todo lo olvidan. Parece que Israel piensa que hace un favor al seguir a Dios.

Satanás hace ver a Jesús que no se queja sin motivo, sino que es lógico y razonable, reaccionar como Israel y que no hay derecho a que muera de ese modo. «¿No te das cuenta? El pueblo sólo seguirá a un triunfador, no a un fracasado. ¿Pero tú no has venido a evangelizar y convencer a todos? Si te bajas de la cruz, y tú lo puedes hacer, *si es que eres Hijo de Dios*, todos creerán en ti, y tu vida no acabará de ese modo tan estúpido» (Cf. Mt 27, 42s). Le sugiere el tentador que no basta con confiar en Dios, sino que Dios tiene que demostrar ser digno de confianza. Pero, desde la perspectiva de Jesús, el amor y la confianza radical no precisan ser demostrados todos los días. Jesús espera «contra

toda esperanza». Un profeta necesita ver confirmada su vocación cuando Dios avale sus palabras con hechos; pero en este caso Jesús no necesita ser confirmado, y se negará muchas veces a realizar milagros.[8] Y jamás hará ninguno cuyo beneficiario sea él mismo. En la cruz Jesús está desnudo, sólo vestido de la confianza radical y absolutamente incondicional en su Padre. Incluso sumergido de bruces en el mal que padece, piensa bien de su Padre, aunque no por eso es un ingenuo ni un ciego; también siente la soledad y el dolor, al mismo tiempo que experimenta terriblemente la lejanía de Dios. Hasta el punto es así que únicamente en la cruz se dirige a su Padre con la expresión «Dios» (Elí o Eloí) y no ya como «Padre», o, más concretamente, como «*abba*», palabra aramea que puede ser traducida como «papá» y quizás como «papaíto» o incluso como «papi»;[9] pero no por ello reclama que le muestre su amor aquí y ahora. Con ello demuestra vitalmente que amor y cercanía no siempre caminan juntos.

5. La tentación del poder: el mesianismo político

Esta tentación insta a Jesús a renunciar a su mesianismo ejercido con un talante «desde abajo». Ya sabemos que en la historia casi siempre es el poderoso el que gana. Sólo asumiendo el poder se resolverá todo, piensan los ingenuos (en primer grado) pelagianos de turno. La tercera tentación es la más seductora: «todo esto te daré si postrándote me adoras». Tan fuerte es esta tentación que aquí es la única vez que Jesús nombra a su enemigo: «apártate de mí, Satanás». Es la misma expresión que utiliza Jesús cuando se le presenta la misma tentación por boca de Pedro, que le invita a tomar el poder, a no fracasar. Jesús le replica con las mismas palabras: «Retírate de mi vista, Satanás» (Mt 16,23 pp). También Israel sufrió (y cayó) en esta tentación, una vez instalado en la tierra prometida. Si al principio era vivir en paz en dicha tierra, una vez que ya la tienen, el poder cegará a Israel y a sus reyes. En tiempos del rey David, Israel será una potencia muy fuerte, codeándose con Asiria, Babilonia o Egipto. Aspiran a convertir a Jerusalén en la capital de todos los pueblos (Is 60; Zac 4). Envueltos en semejante búsqueda del poder, Salomón y sus sucesores impondrán fortísimos impuestos a su pueblo, esclavizando incluso a muchos de sus conciudadanos, convirtiéndolos en siervos de la gleba. ¡Dios sacó a Israel de la esclavitud y ahora es el mismo rey de Israel el que los esclaviza! El poder, como suele suceder se les ha ido de las

manos, poniendo así de manifiesto lo que tiene de corruptor.

Pero el Reino que Jesús nos promete es contrario al poder o al dominio. El Reino está en función del servicio y no del poder. Quien quiera ser el primero deberá ser el último. Pero hoy los «ministros» («pequeños», «servidores») de la política son los que más han luchado por ascender, abriéndose paso a codazos y pisotones; y a los cardenales de la Iglesia muchos les llaman «príncipes». Y, tanto aquí –en la Iglesia– como allí –en la política–, quien se mueve no sale en la foto. Es una tentación en la que ya cayeron sus discípulos (Mc 19,35-45pp). Esta es la tentación: «Pero, ¿acaso no ves que los romanos oprimen injusta y cruelmente a tu pueblo? ¿Es que no piensas hacer nada por remediarlo? ¿No será que no puedes hacerlo? ¿Te vas a quedar con los brazos cruzados o con los brazos abiertos y clavados?». El Satán pretende que Jesús utilice el poder que indudablemente tiene. Pero ello implicará cambiar la voluntad que su Padre le manifestó e implicaría no ser realmente un hombre, sino jugar con dos cartas, es decir, el docetismo. «¿No has pensado que un padre que no se preocupa por sus hijos es un mal padre? ¿No ves que Dios no se preocupa por los que sufren? A Dios le da igual que el pobre sufra». Ante semejante tentación Jesús nombra al tentador, y al nombrarlo lo desenmascara. Jesús sabe de qué va la cosa. Los poderosos, los opresores, muestran, al ejercer su poder, de quiénes son hijos (Cf Jn 8,35ss) y de quién proceden las obras que realizan. El poder no pocas veces encierra un círculo diabólico de muerte. El que tiene poder quiere más. Y lo que era un medio se convierte muchas veces en un fin. El que está sentado en su sillón siguiendo la erótica del poder, suele olvidar los ideales que le llevaron allí, si es que eran diferentes de los de chupar poder, ascender socialmente y medrar.

Si Jesús hubiese aceptado asumir un mesianismo más eficaz, más fácil, triunfante, se hubiera apartado de su Padre, hubiera salido de la verdad. Pero Cristo no tiene más alimento y más ansias que cumplir en todo la voluntad de su Padre. Muchos también piensan que la violencia soluciona muchas cosas. Pero la violencia es ineficaz si no hay odio; y es más eficaz cuanto más odio hay en juego. Y el odio engendra a su vez más violencia, desembocando en una espiral diabólica de final catastrófico. Es la violencia del sistema neocapitalista, disfrazado de humanismo. Es un círculo maligno que lleva a muchas personas a considerar a las demás como obstáculos en su «lucha por la vida». Y es que el primero sólo puede ser uno y llegar a serlo sin utilizar algún tipo de violencia, por sutil que sea su utilización, es muy difícil de creer. Lo que quieren decir las tentaciones de Jesús es que es un camino estéril y espantoso. Manifiestan que el hombre necesita ser redimido y ser rescatado de sus miedos, del espanto que atenaza ante la perspectiva de crecer hacia abajo, del miedo que tiene al fracaso, a la muerte, al dolor, a la soledad, a la incomprensión y al juicio de los demás. Significa rescatar al hombre de esa enfermedad que le impide ver la realidad con paz y que le imposibilita para construir un mundo de un rostro verdaderamente humano, donde el hombre no sea el lobo del hombre y donde no seamos erizos los unos para los otros.

San Lucas nos advierte: «Acababa toda tentación, el diablo se alejó de él hasta su momento oportuno» (Lc 4,13). Este momento oportuno se inicia en la noche oscura de Getsemaní y no concluye hasta el día oscuro del Gólgota, donde de nuevo la sufrirá, o mejor, donde la sufrirá de forma definitiva. Jesús nos muestra así el proyecto de Dios para el hombre, lo que es el hombre nuevo, que no vive para sí, sino para los demás. No hay mas salvación para un cristiano que la que nos oferte Cristo. El cual, como dice un bello sermón pascual, «aun siendo el Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia y llegando a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (Heb 5,7-8).

Notas

1. San Lucas (3, 19-22) pone al Bautista en la cárcel cuando Jesús se «autobautizó»-y, por tanto, no fue bautizado por Juan, para evitar cierta polémica que existía en la primitiva Iglesia, entre los seguidores del Bautista, que consideraban a este «mayor» que Jesús.
2. Cf. «Regla de la congregación de Qumrán", en M. Jiménez F. Bonhommel, *Los documentos de Qumrán*, Cristiandad, Madrid, 1976, pág. 45, donde se habla de la expectación por el Mesías y de la necesidad de preparar «en el tiempo oportuno (...) el camino en el desierto», para recibirle.
3. XC,28,33.
4. Cap XIII.
5. K. FEYERABEND, *Langenscheidt`s pocket hebrew dictionary to the Old Testament*, Berlín und Munich, Fifteenth Edition, 1965, pág. 237.
6. Cf. E. BUCH CAMÍ, *Sufrimiento*, en M. Moreno Villa (dir.), *Diccionario de Pensamiento Contemporáneo*, SAN PABLO, Madrid, 1997, pp. 1126-1130.
7. De la que se hacen eco paradigmáticamente Calvino –como puso de relieve M. Weber–, los ideólogos capitalistas y los actuales neoliberales. Cf. mi libro *Cuando ganar es perder. Reflexión ética sobre el neoliberalismo*, Acción Cultural Cristiana, Madrid, 1997.
8. Aunque es sabido que hizo muchísimos menos milagros de lo que muchos creen, pese a lo que afirman los Evangelios, como ha demostrado la actual exégesis.
9. El mayor investigador sobre este asunto, J. Jeremías, ha escrito: «El uso de la palabra cotidiana *abba* para dirigirse a Dios, es la innovación lingüística más importante llevada a cabo por Jesús»: *Teología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1973, p. 52.